


Cierto día luego de comerse un helado, Gabriel se llevó la mano al pómulo derecho y no pudo disimular un gesto de dolor. Doña Tranquilina de inmediato le hizo abrir la boca y con su mirada de especialista en todas las cosas de la vida, observó un pequeño punto negro en la muela adolorida. La abuela no dudó, al día siguiente irían a ver a Melquíades el Sabio, dentista, peluquero, zapatero, carpintero, electricista y perito en todas las artes y ciencias.

Aquella noche, Gabito dejó de pensar en las aventuras de las historietas; por vez primera en su corta vida afrontaba un gran temor. Se imaginaba la mesa de trabajo de Melquíades, en donde entre todas las herramientas se destacaba una enorme tenaza para sacar muelas. Luego de varias horas de descartar excusas y planes de fuga, pudo dormirse más por fatiga que por placer.



En la mañana, Doña Tranquilina llevó de la mano a su nieto al consultorio-taller, en donde Melquíades estaba concentrado examinando un aparato de radio, allí le explicó el motivo de la visita. Melquíades se mudó el overol marrón por una bata blanca, se lavó las manos y le indicó al niño que se sentara en la silla multiusos. Lo examinó y lanzó su diagnóstico:

–No es necesario extraer la muela, la caries hasta ahora está empezando, con una calza bastará –dijo Melquíades, quien con su cara de científico excéntrico le inspiró confianza al niño. La operación fue muy rápida e indolora, en realidad Melquíades era diestro en su profesión, es decir, en todas sus profesiones. Taladró suavemente, y aplicó la placa metálica.

Gabriel luego veía orgulloso en un espejo, el destello plateado que provenía del interior de su boca y recordó las historias que leía sobre seres fantásticos llamados robots. Pero algo estaba mal, el niño empezó a oír ruidos y voces en el interior de su cabeza. Gabo intentó continuar con su vida normal, hasta cierta mañana, cuando el profesor de español lanzó una pregunta sobre una figura poética que sirve para designar las cosas, sin nombrarlas.



De inmediato Gabriel levantó el brazo, el profesor le indicó con la cabeza que hablara y cuando estaba a punto de pronunciar el nombre de las metáforas, una voz profunda y grave, que salió de su garganta, sorprendió a los presentes en el salón de clase.

“Se pronostica un día soleado con lluvias aisladas”.

Todos se quedaron espantados mirando a Gabo, quien había cerrado la boca. El profesor tratando de entender la situación, se dirigió al niño.

–Gabriel, no sabía que fueras ventrílocuo, ¡pero fue un chiste de muy mal gusto!

La clase prosiguió, pero Gabito sintió una gran vergüenza, no volvió a hablar, sabía perfectamente que aquella voz era una de las tantas que en ocasiones escuchaba. Apenas escuchó la campana de salida, salió corriendo en dirección a su casa sin musitar palabra.